

tomaba el señor en unos pocillos, probó uno y á las pocas horas murió, en medio de espantosos dolores.

El señor Alvarez, según aquí se dice, tiene preso en la isla de los Caballos al médico Avilés, y si resulta culpado en la averiguación que se levante, pagará con la vida el crimen inaudito de haber muerto á traición al mayor caudillo independiente que nos quedaba.

A los pies de usted, señora.

JUAN PÉREZ DE LA LLANA.

De la misma al mismo.

México, á 18 de Junio de 1854.

Amigo mío muy estimado: ¿quién me hubiera dicho, cuando escribía á usted mi carta en que tan entusiasta me manifestaba por la pugna entre las dos compañías de ópera, que pronto tendría que darle una terrible noticia?: Enriqueta Sontag ha muerto.

Ya dije á usted cómo el Gobierno, considerando que dañaba á su crédito el que se supiera había cólera por aquí, ordenó que no se mencionara la palabra, creyendo que con esto dejaba de existir la epidemia.

El cólera, *chólera morbus* ó *viajero del Ganges*, como le llaman los periódicos y la gente fina, sin hacer caso de las disposiciones gubernativas, con que se hizo acreedor á

que se le juzgara conforme á la ley de conspiradores, siguió ejerciendo su empleo á ciencia y paciencia del Gobierno, eficazmente ayudado por las zanjas fétidas, las atarjeas azolvadas, las casas sucias y mal distribuídas y el aire mefítico y asqueroso.

Varios miembros de la compañía de ópera habían caído ya enfermos ó habían muerto; pero cuando el horror llegó á su colmo fué hace una semana, que se supo estaba enferma la divina Enriqueta.

El día anterior le habíamos ofrecido varias señoras un almuerzo en Tlálpam, en la fonda que en la casa de los Gallos tienen establecida Michaud y C.^a. Estuvo tan deliciosamente espiritual, tan ingeniosa y tan sencilla la hermosa y sentimental mujer, que todas cuantas asistimos quedamos prendadas de ella y convinimos en que era tan graciosa en el teatro como en sociedad.

Cuando volvíamos se quejó de un violento dolor de cabeza: sus manos ardían, tenía la lengua seca, la mirada extraviada, las mejillas rojas. Creíamos que todo sería efecto de la fatiga del día; pero nos equivocamos: el inmediato amaneció peor, agravóse los siguientes, y por fin el viernes pasado recibió los sacramentos.

Nunca me olvidaré de aquella hora verdaderamente trágica: ante mis ojos, velados por las lágrimas, se confundían religiones, estandartes, capuchas blancas y azules, pies calzados y descalzos, mantillas de damas y fraes de

caballeros, y de todo aquel aparato fúnebre no se exhalaba sino la idea de la muerte y del dolor.

La enferma, de ojos azules, blanca y rubia como una visión ideal, al oír la campanilla que resonaba convocando á la piedad y al recogimiento, y el *Corpus Domini nostri Jesuchristi ad animam tuam in vitam æternam amen*, que articuló lentamente el sacerdote, alzó la cabeza y recibió el Cuerpo divino en forma de hostia cándida.

Los vómitos, que habían permanecido incoercibles, cesaron como por encanto, y la condesa volvió á caer en el mismo abatimiento.

A poco el Provincial de San Francisco, sacando la ampolleta con los santos óleos, ungió los ojos por lo que habían escandalizado, las manos por lo que habían tocado, los pies por lo que habían pisado, la boca por lo que había dicho, el pecho por lo que había tramado con mala intención, y la comitiva salió de la casa triste y abatida como había entrado.

Allá se alejaron cofradías, corporaciones y particulares tristes y cabizbajos, llevando al Señor en su estufa dorada y rodeado de candelas encendidas que semejaban, en el regazo obscuro de la noche, estrellas que se hubieran volcado sobre la tierra y caminaran con órbitas caprichosas y extraviadas.

A poco empezó la agitación de la enferma. Nuevas bascas, nuevos calambres, extravío y delirio. Al ama-

necer del sábado murió aquella mujer extraordinaria, que alcanzó el ápice de la gloria y el genio humanos.

Al día siguiente introdujeron en la caja el cadáver, que con sus manos enclavijadas, su cabellera rubia y su tez acerada, era todavía un hermoso despojo.

Ministros extranjeros, funcionarios, diplomáticos, generales, periodistas, oradores, literatos, músicos y artistas condujeron hasta S. Fernando á lo que quedaba de aquella singular artista, que como fugaz visión pasó frente á nosotros dándonos idea de las sublimidades celestiales.

Quizá sintió ella próximo su fin, cuando en Otelo nos hizo derramar lágrimas cantando la plegaria de la triste Desdémona:

Assisa al pie d'un salice.

También Pozzolini y muchos individuos de las dos compañías están enfermos. ¿Cuándo nos tocará á nosotros? Le desea todo bien, quien bien le quiere.

ANARDA.

De la misma al mismo.

México, 30 de Septiembre de 1854.

Amigo mío muy estimado: esta situación se desmorona sin remedio; pero se deshace en medio de una convulsión de risa unánime. No es el desenlace de una tragedia, sino

la conclusión de un sainete, aunque de vez en cuando el tal sainete tenga momentos terroríficos. Es Pierrot que se empapa las manos en sangre.

Nos encontramos ahora en plena cuestión de la casaca. ¿No sabe usted qué casaca es esa?

Pues voy á explicárselo.

El aniversario de la entrada del ejército trigarante



debió celebrarse con boato y primor nunca vistos: simulacro de la entrada de las tropas de Iturbide, desfile de la guarnición ante S. A. S., iluminación general y baile en la lonja.

La suerte se encargó de echar á perder tantos preparativos. A eso de las dos de la tarde cayó un aguacero que inundó las calles como no se veían desde los tiempos coloniales. Las tropas, que regresaban desde Chapultepec, tuvieron que vadear verdaderos ríos; los granaderos de la

guardia, vestidos con sus brillantes uniformes, tenían que meterse hasta las rodillas y apoyarse en los fusiles para pasar el arroyo que se forma frente al portal de Mercaderes: oficiales y soldados quedaron en el más triste y deplorable estado.

La iluminación no fué tan lucida como se esperaba; pero cuando todo el mundo creía desquitarse con el baile, se encontró con la puerta cerrada. Trajes de crespón, de organdí y de gro; plumas, flores, alhajas, guantes y listones volvieron como habían ido, ó mustios, lacios y arrugados: no había baile á causa de una indisposición de S. A. S.

Pero la misma noche empezó á vislumbrarse el verdadero motivo. Santa Anna, que, como se sabe, gusta de rodearse de todo lo que pueda hacerle honor y formarle séquito, dispuso la asistencia del cuerpo diplomático vestido de uniforme; el cuerpo diplomático no quiso aceptar la determinación; nuestro Metternich, el gran Bonilla, se atufó, y en una serie de reuniones, que mal año para el congreso de Berlín, acabó por declarar que no asistiría al baile.

El ministro de los Estados Unidos, con una ironía graciosísima, dijo que consistiendo su uniforme sólo en una casaca como la de cualquier particular, no tenía inconveniente en endosársela.

Pero en cambio, Santa Anna y los representantes

extranjeros se han cruzado docenas de notas preñadas de amenazas, que quizás traigan un rompimiento con todas las potencias extranjeras. La cuestión se llamará, seguramente, de la casaca, ó del baile, ó algo así. ¡Qué gracioso!

De revolución nada digo á usted porque todo lo ha de saber. Aquí lo único que se transpira es la importancia de ella; y aunque se ha dado en decir que murió Alvarez, que Villarreal sucumbió á consecuencia de sus heridas, que Moreno está fugitivo y Comonfort ausente, se sabe que Tavares tomó á Coyuca, que Villalva no sosiega un punto, que Díaz Salgado, á quien también se había muerto hace poco, atacó la vanguardia de Andrade y mató á un general; que Huerta tomó á Uruapan y Pueblita á Puruándiro; y lo que es gravísimo, que Morelia estuvo á punto de ser capturada por las fuerzas pronunciadas.

Sin embargo, el Gobierno se baña en agua de rosas, y con llamar ladrones, foragidos é infames á los rebeldes, con fingir triunfos y satisfacciones, vive contento al parecer. ¡Qué ceguera!

Tiempo hace que no recibo carta de usted. ¿Qué le pasa? Sé que las mías van á poder de persona segura, y eso me basta; pero deseo saber de usted y de la impresión que le hayan producido las nada agradables noticias que por empeño suyo tuve que darle.

Adiós, Juan; hasta que le vea triunfante en ésta.

ANARDA.

Del mismo á la misma.

San Francisco de las Californias, á 14 Octubre de 1854.

Muy alta y hermosa señora: ante todo, hablemos de mi pleito. No piense usted que me sorprende la noticia que me da en su carta, transmitida por mi amigo el poeta Gallardo. Todo me lo figuraba, si es que no lo sabía. En el actual estado de las cosas, los pobres tenemos que sufrir los abusos y las infamias de los ricos, sin derecho á replicar. Quizás no sea siempre así.

Me consuela, sin embargo, una consideración: la de que no me dejó Trini por seguir á ningún hombre, ni por amar á otro más hermoso, más rico ó más talentoso que yo; me dejó por el Señor, y ante Él nadie puede querer valer más.

Pero este amor me acompañará como un recuerdo grato y dulce, perfumará mi vida, será á manera de esos *sachets* impregnados de sutiles esencias que ustedes las damas guardan en sus armarios, y que llenan de vago é indefinible aroma todo cuanto en ellos conservan, y le impide pudrirse ó corromperse.

Ahora va de política. Tuvimos en el Sur tiempos muy malos. Comonfort agotó pronto todo cuanto tenía como provisión; día hubo que recorriera las casas de Acapulco solicitando de las señoras, sus conocidas, dinero para

pagar á la tropa, y que las damas le facilitaron los pequeños ahorros que tenían guardados en el fondo de sus almohadillas.

Pero aquello no podía continuar; don Ignacio solicitó y obtuvo, aunque con dificultad, permiso del general Alvarez para venir á este país, y aquí nos encontramos solicitando recursos para salir de la tremenda situación.

Sin embargo, no es fácil que nos remedemos mucho por aquí. Todos, banqueros, capitalistas y hasta particulares, quieren venta ó hipoteca de parte del territorio nacional, y no ha de ser Comonfort quien tal cosa haga nunca, ni aun en los mayores extremos.

Montellano y yo, que le acompañamos, tenemos, en unión del General, días amargos, días tristísimos, días en que creemos que todo nos abandona y nos olvida.

Las noticias de allá no son desfavorables; pero ¿qué vamos á hacer contra un Gobierno que cuenta con tanta fuerza y con ocho millones de pesos, que le servirán de seguro para adquirir armamento y navíos y para pagar tropas?

Mañana saldremos para Nueva York y de allá escribiré á usted, dándole cuenta de lo que nos acontezca, que de seguro no será bueno.

De usted, señora, adicto amigo y criado.

JUAN PÉREZ DE LA LLANA.

Del mismo á la misma.

Nueva York, 20 de Noviembre de 1854.

Señora mía de mi afecto: todo era malos augurios en mi carta anterior; ahora todo tiene que ser presagios favorables y vaticinios de triunfo. Hace dos semanas llegamos, más molidos por los desengaños y las contrariedades que por los catorce días de posta rápida que echamos entre San Francisco y esta ciudad enorme. En los primeros momentos esto parecía destinado á dar los mismos resultados que la ciudad del Pacífico; pero hace algo más de una semana tropezamos con don Gregorio de Ajuria, que aquí vive desde hace años. Diariamente nos veía, interrogaba á Comonfort acerca del resultado de sus pasos, se dolía de la inutilidad de nuestros esfuerzos y nos excitaba á perseverar.

Anteayer estuvo de nuevo en el hotel, consoló á don Ignacio, y viendo á éste cada día más abatido, se despidió diciendo únicamente: «Pronto vuelvo».

Montellano y yo pensamos, y lo dijimos, que quizás Ajuria meditaba ofrecer á Comonfort dinero ú hombres, pues es casi un potentado; pero el General, que sentía pesar sobre sí los destinos de todo un pueblo y que se hallaba abrumado á desengaños, nos excitó á que no creyéramos en falsos espejismos, pues el don Gregorio,

si bien nos compadecía, no llegaría á comprometer su fortuna particular en una empresa aventurada y para un fin político en que quizás no crea.

Más de una hora pasamos, Comonfort removiendo la lumbre de la chimenea con la badila ya casi enrojecida; Mariano dando pasos en la habitación; yo tamborileando en los cristales, mirando caer la nieve y observando el paso de transeuntes y caballos apresurados y deseosos de librarse de la ventisca.

El gas se encendió, haciendo brillar los muebles de caoba, abriendo flores extravagantes en la alfombra, comunicando gestos y actitudes á las figuras de los cuadros pendientes de los muros, y dorando el tinte atezado de la figura de bronce florentino del jefe triste y meditabundo.

En un instante la puerta se abrió y penetró un hombre chorreando agua y calado hasta los huesos: era Ajuria.

— Puede usted contar, dijo con llaneza á Comonfort, con la cantidad necesaria para llevar á su país los efectos que ha menester su empresa; disponga usted del dinero cuando guste.

Montellano suspendió sus paseos; yo dejé de mirar á la calle, que también se iba iluminando, y ambos nos fijamos en los interlocutores de aquella entrevista en que quizás se versaban la libertad de México, su existencia

como nación independiente, la cesación de un régimen de espantosa tiranía y la regeneración de muchos millones de hombres. El momento era decisivo y había que aprovecharlo.

En el alma de Comonfort empezó una espantosa lucha. Su primer movimiento fué aceptar dando las gracias á Ajuria; pero luego se le representaron lo incierto del triunfo, lo difícil de la empresa, la probabilidad de arruinar á una familia y la necesidad de ser cauto y prudente.

— Antes de aceptar lo que usted me ofrece, quiero saber, amigo mío, si en este préstamo va toda su fortuna; porque, si bien tengo yo esperanzas de salvar á mi país con este auxilio, tiemblo al pensar que pueda usted quedar arruinado; dígamele usted con franqueza.

— Me queda todavía, respondió Ajuria, lo necesario para vivir trabajando.

— Entonces lo acepto, replicó Comonfort, y lo agradezco, como estoy seguro de que lo ha de agradecer mi patria.

Ayer, después de otorgar don Ignacio una escritura ofreciendo todas las seguridades imaginables al generoso caballero, que aun de esta formalidad quería prescindir, empezamos, con los doscientos mil pesos de Ajuria, á adquirir municiones, armas y pertrechos de guerra.

Las compras concluirán en esta misma semana, y en-

seguida nos restituiremos á Acapulco á seguir en nuestra brega.

El jefe me ha anunciado que me necesitan en México. No sería difícil, pues, que dentro de poco pasara por allá á continuar en mi tarea de conspirador, y á besar los breves pies de mi hermosa protectora, á quien deseo un año cincuenta y cinco más feliz que este pecador que vamos atravesando.

JUAN PÉREZ DE LA LLANA.

De la misma al mismo.

México, el 28 de Enero de 1855.

Juan muy querido: estaría usted engolosinado con todo lo que aquí pasa, ya que tan inclinado es á negocios literarios. Don José Zorrilla, el gran poeta español, el cantor de *Granada* y de la *Virgen*, se encuentra en México.

Le conocí anteayer, en una tertulia en casa de Pérez Gálvez. Es bajito de cuerpo, de gran melena, de lindos ojos, algo patiestevado, gran hablador y muy fino y cortesano en su trato.

Durante la fiesta, que era en su honor, estuvo obsequiosísimo y muy galán con Lucrecia y Constancia Andrade, con Pepita Guzmán, con Sofía Portuondo y con otras bellezas.

Dice los versos de un modo delicioso, con una voz llena y sonora que hace el efecto de un admirable instrumento tocado por una mano privilegiada y habilísima. ¡Cómo maneja las onomatopeyas; cómo hace vibrar el misterioso ritmo de los heptasílabos y los endecasílabos!

Esa noche nos deleitó con su famosa *Serenata morisca*, *Las rosas mexicanas*, que tiene este estribillo:

De las flores preciosas — americanas

Dicen que sois las rosas — las mexicanas.

Pues si sois tales,

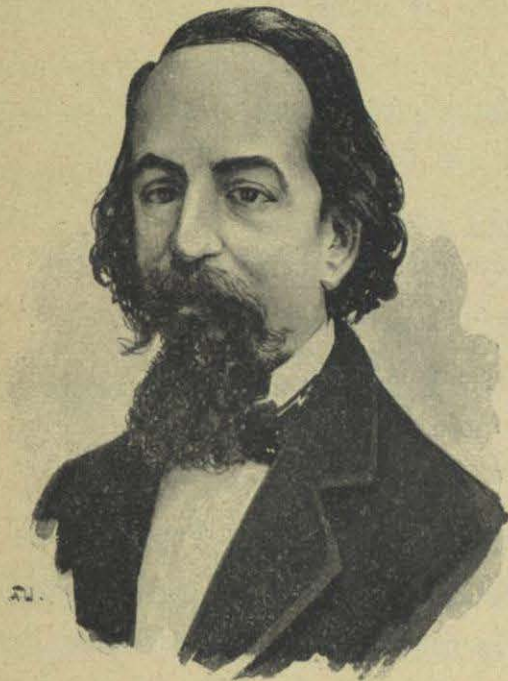
Yo soy la mariposa de esos rosales.

Desde su llegada, fué recibido por Pepe Cortina y Anselmo de la Portilla, que fueron por él hasta el Peñón. Queriendo presentarle con los literatos mexicanos, Pepe dió una comida en honor del poeta en el Hotel del Bazar.

Vicente y José Sebastián Segura, Joaquín Pesado, Pepe Roa, Tagle, Lacunza y otros amigos asistieron á ese convite, que resultó, como era claro, más literario que amistoso. Todos los escritores llevaban ya sus armas preparadas, es decir, sus versos listos para que salieran á la primera oportunidad.

Abrió el fuego el deán Moreno y Jove; le siguió José

Joaquín Pesado, y tras él fueron otros muchos. Casi todo cuanto se dijo fué elegante y exquisito; pero Zorrilla, que, según dijo, no entiende de hablar en prosa, apenas



D. JOSÉ ZORRILLA

contestó unas cuantas palabras, afirmando que tenía en más su hombría de bien que míseras glorias mundanas. ¡Así sea, y quiera Dios no resulte este grande hombre lo que tantos á quienes hemos recibido abiertos los brazos, y que después han tenido la nobleza de ponernos como Dios puso al perico!

Pero lo más espontáneo y cordial que ha habido en esta serie de manifestaciones, ha sido sin duda alguna la comida que le ofrecieron los literatos que no tienen dinero como Cortina, ni valimiento como Portilla.

La fiesta fué en el Tívoli de San Cosme, y estaban en ella los Seguras, de *El Omnibus*, Juan Miguel Lozada, el bachiller Ortiz, que firma sus lindas composiciones

Heberto; Bocanegra, el autor laureado del himno nacional; José Tomás Cuéllar, Pancho Zarco, el de *El Siglo*; Casimiro Collado, el simpático montañés que usted conoce; Félix María Escalante y otros muchos, sin que faltara nadie de los que toman la pluma, aunque sea para escribir cartas á su familia. Ni siquiera faltaba el insupportable Granados Maldonado, que trae el pensamiento de publicar la primera parte de sus esperpentos poéticos en veintiséis tomos de quinientas páginas cada uno. ¡Dios le quite de la cabeza tan mala idea!

De los versos que se dijeron, los más hermosos, para mi gusto, fueron los de Pepe Roa y Casimiro Collado. Ni el mismo Zorrilla podría haberlos hecho más fluidos y más delicados.

Zarco, que brindó por la expansión de los ideales de patria, honor y familia que ha cantado con tanta fe el poeta castellano, estuvo felicísimo. Emilio Rey, que acaba de perder un hijo, mandó una poesía muy bella que fué leída entre aplausos. Juan Cordero, que ha pintado unos primorosos frescos en la cúpula de la iglesia del Señor de Santa Teresa, y un cuadro muy bello, *Jesús entre los doctores*, se ofreció á hacer el retrato del amante de Moraima, y de seguro que hará una obra digna de su pincel.

Y no ha sido esto lo único: banquetes, tertulias, días de campo, representaciones privadas de los dramas de

Zorrilla, todo se preparaba en honor del ilustre artista, cuando cáatate que cae un jarro de agua fría sobre tamaño entusiasmo.

Santa Anna, que no quiere ver ojos en otra cara, se disgustó porque se celebraba á Zorrilla, pues creía que los aplausos tributados á un poeta eran robados al grande hombre que nos concede el favor de hacer cera y pábilo de nosotros. Es claro; ¿cómo puede jactarse alguien de saber hacer versos si no ha recibido la venia de S. A. S.?

El cubano Lozada, cantor de las glorias santanescas y cronista de las expediciones á Guerrero, fué llamado ayer á presencia del Presidente.

— ¿Qué pasa, le dijo don Antonio, con todas estas farsas? Vergüenza es para cualquier mexicano postrarse ante este hombre que tiene por toda habilidad hacer versos, y que ni siquiera posee la cualidad de haber nacido en el país. Y luego, si en todos es detestable esa adulación ridícula, más lo es en los empleados del Gobierno, que deben ser personas serias y calcular la diferencia que hay entre un coplero y un jefe de Estado. ¡Basta ya, basta ya de entusiasmo necio! ¡Y vaya usted á decir á cuantos piensan continuar en esas demostraciones, que basta ya!

Lozada tuvo que apenear con el encargo de ir casa por casa de las en que se preparaban obsequios á Zorrilla, á comunicar la orden de que no se hicieran, y la prohibi-



¿Qué pasa, le dijo don Antonio, con todas estas farsas?

ción fué puntualmente respetada. Tanto los Mossos, que habían cedido el teatro para una representación en honor de don José, como Quijano que ofrecía una tertulia en honor del *coplero*, como el buen Conde de la Cortina y todo el mundo, apagaron sus entusiasmos, y Zorrilla ha empezado á ser visto con desconfianza, casi con prevención, como si se supiera que estaba en connivencia con los malvados anarquistas del Sur.

Al fin Santa Anna encontró la manera de humillar á aquel bárbaro que se permitía hacer versos sin conocimiento del Ministerio de Justicia y negocios eclesiásticos. Recordó que aquellos versitos, no sé si de Bretón ó de García Gutiérrez, en que se dice de México:

Que tiene por dueño un mono
Vestido de Napoleón,

habían corrido con el nombre de Zorrilla.

Sin esperar á más, el Superintendente de policía, don Antonio Díez de Bonilla, se presentó en el alojamiento del poeta á informarse sobre la paternidad de los versos. Don José negó que fueran suyos, y manifestó que «si alguno todavía lo cree, se engaña; y si lo asegura, miente».

La comidilla de estos días es el negocio de Arrangoiz. Don Francisco de Arrangoiz y Berzábal, que era Cónsul en Nueva York, recibió orden de trasladarse á Washington para recibir los siete millones de la indemnización ame-

ricana por el contrato de la Mesilla; fué, se incautó del dinero, lo depositó en su nombre y comenzó á cubrir los giros del ministro de Hacienda Olazagarre.

En menos de dos meses ese dineral concluyó, y al pasar Arrangoiz sus cuentas se adjudicó setenta mil pesos en calidad de comisión al uno por ciento. Aquí le reprobaron el avance, le destituyeron del cargo de Ministro de México en los Estados Unidos, para el cual se le acababa de nombrar, le quitaron la medalla de hacienda y le borraron de los registros de la Orden de Guadalupe.

En desquite, Arrangoiz acaba de publicar un opusculillo que puede arder en un candil y que circula de *chitito* entre la gente. Allí prueba que con la modesta suma de seiscientos mil pesos que se apropió S. A. S., con lo que remitió á Santa Fe de Bogotá para el cultivo y mejoramiento de las haciendas de Santa Anna, con lo que entregó á Grosso para compra de cañones y con el importe de varias comisiones secretas, se acabó ese dineral que tanto pudo haber servido aquí.

Aquí salió á relucir el famoso negocio de los suizos guardias de corps de Santa Anna. Pacheco, que había recibido la orden y tenía arreglado el embarque de los regimientos, recibió contraorden, contentó con cien mil pesos á los contratistas, y ha hecho creer ahora que no se trataba sino de una colonia agrícola.

Claro que uno de los más aprovechados con el dinerito

de la Mesilla, es el bueno de Rafael de Rafael. Ese caballero, que llevó de aquí poderes de representante confidencial de S. A. S., tenía consigo papeles con el sello nacional, firmas en blanco de don Antonio y sus ministros, y poderes discrecionales para tratar y resolver el asunto como le viniera en mientes.

Sabrá usted de una farsa de plebiscito que debió de haberse verificado el dos del pasado á fin de averiguar si Santa Anna debe ó no continuar en el poder. El resultado usted se lo figura, y apenas si don Manuel García Aguirre tuvo la franqueza de dar su voto negativo y explicado; pero nunca lo hubiera hecho, porque sin demora fué enviado á la cárcel.

Basadre, que desde el mes de Septiembre fué destituido de la presidencia del tribunal de guerra, anda ahora perseguido y á salto de mata. Pepe Uruga, que, como Basadre, tuvo la audacia de decir la verdad al hombre providencial, también fué depuesto de la Legación de Berlín.

Ya ve usted cómo andan por aquí las cosas y cuánta razón tenemos de estar satisfechos los que lo estamos.

Usted consérvese bien, y recuerde á quien de veras le quiere.

ANARDA.

Aquí concluye esta parte de la correspondencia entre Juan Pérez y su excelsa amiga. Siguen las memorias del político y militar trashumante.